



LA LUNA A CUCHARADAS

POR DIEGO MEDRANO

Kiko Amat: 'Rompepistas'

Publica Kiko Amat 'Rompepistas', tercera novela de las suyas en Anagrama que junto a las anteriores ('Cosas que hacen bum' y 'El día que me vaya no se lo diré a nadie') hacen de este autor el máximo teórico, funambulista, de ese débil terreno entre música y literatura,

entre lenguaje y oído. Es el único autor de nuestros días con un estilo que supera el tema narrado, con una manera propia de decir las cosas, y entre la ironía y la caricajada acelerada discurre todo lo suyo, ese tremendo ventarrón 'pop', 'camp' o 'indie'.

Párrafos supeditados a un pro-

fundo torturador del idioma: «Y llevo unos pantalones de torniquete negros, estrechos como tuberías y que me dividen las pelotas como si fuesen dos cerezas. O dos castañuelas. Y que cuando me siento hacen que enseñe una parte de raya de culo. Eso me gusta, y mi padre lo odia particularmente. Mi rabadilla en su cara» (pág. 29).

Monstruos perfectos que él pinta a su antojo, capricho de gran voyeur, pintor secreto: «Clareana se planta delante de nosotros. Ahora sí la veo, ahora que está francamente cerca. El cabello negro pólvora, puntiagudo de puercoespín, en su cabeza ligeramente grande. No: si lo pienso friamen-

te es enorme, y las orejas de soplillo, de botijo, y los ojos azules de lagarto, siempre envueltos por unas ojeras púrpura que parecen de agotamiento pero son genéticas, ojeras de panda exhausto» (pag. 21).

Hay una voluntad de decir las cosas de modo personalísimo, una voz que no encuentra parangón, y una trama que discurre sola, bien entre la tristeza y pacífica desesperación de su primera obra ('El día que me vaya...') o en ésta última entrega, donde una pandilla joven de un pueblecito perdido, componentes de un caótico grupo musical, intentan vivir, amar y sobrevivir.

Adolescentes turbios que se hacen fotos del miembro por debajo de la mesa a la hora de comer, y luego se las enseñan a la abuela, o la abuela las encuentra, y comienzan los problemas.

Una iniciación a la vida con marcha de birra, poca higiene («Hueles como un muerto enterrado en cabrales») y una furia para con uno mismo idéntica a la del prójimo: «Los chicos con botas, bolsillos vacíos y cojones llenos, esas canciones son lo único que tenemos. Eso, y a nosotros mismos».

No es que Amat sea terrible, es que más claro no lo puede decir: «Si tienes una lista negra, quiere entrar en ella».